

LA BOLSA DE ORO



Cuando el Duque de Milán, Francisco II Sforza, buen príncipe pero infeliz y desgraciado, le mando como presente una bolsa llena de monedas de oro pero Jerónimo se puso serio y dijo al que se lo traía en nombre del Duque:

- La generosidad del señor Duque sobrepasa nuestras necesidades. Dadle las gracias, que se lo merece; pero recordadle que nosotros perderíamos nuestro tesoro, si llegados a Milán pobres saliéramos de aquí llenos de oro. Si él sabe hacer buen uso de sus riquezas, que nos deje a nosotros también hacer buen uso de nuestra pobreza". Pero el empleado del Duque se empeño para que le padre Jerónimo aceptara al menos una moneda para sus pequeños. ¡Es tan poca cosa una moneda!. "No, tened vuestro dinero". Haría un agravio a mi Dios, si aceptara, mayor que el que pudiera hacer al Duque con mi rechazo. Nos atenderá la Divina Providencia. No insistáis más; en caso contrario entenderé esta oferta del Duque como una orden de marcharme de sus tierras".

Y así, libre de la atadura a este mundo, se muestra feliz por haber logrado del Principe un viejo caserón donde abrigarse con sus pequeños, gozando de la compañía de "doña" Pobreza.

